

mana en tiempos de guerra —seguida por su completa derrota militar—, todo se combinó para permitir los comienzos de independencia política a pueblos que, durante siglos, se habían visto obligados a aceptar la autoridad imperial de los Románov o los Hohenzollern.

CAPÍTULO 3

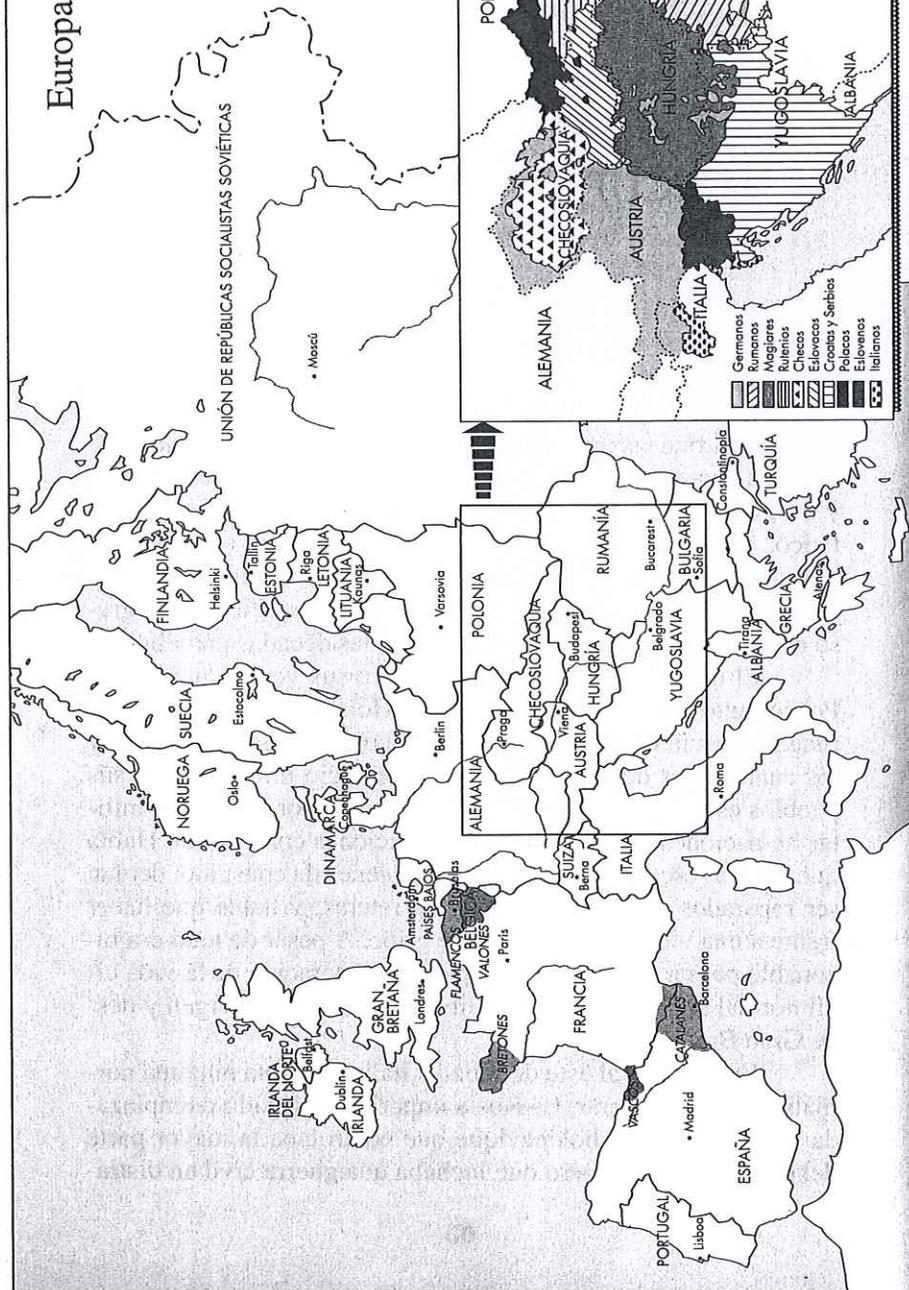
PAZ INESTABLE Y RECUPERACIÓN, 1919-1930

En el oeste, la victoria de las potencias aliadas —Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos— fue la victoria de países que compartían las instituciones del capitalismo, la libertad política y la supremacía civil en el gobierno. Gran Bretaña, Francia y Bélgica experimentaban una aguda sensación de agotamiento físico, de haber escapado por escaso margen de una amenaza mortal y tenían enormes deseos de volver a la «normalidad», entendida como la continuación de actividades pacíficas y progreso económico que habían caracterizado las décadas prebélicas.

El talante era casi el mismo entre sus vecinos neutrales. Por lo tanto, mientras Suiza, España, Holanda, Dinamarca, Noruega y Suecia habían sufrido de una u otra manera el bloqueo y los cuatro años de interrupción del comercio internacional, sus pueblos estaban en su mayoría complacidos por la victoria militar de naciones cuyos ideales e instituciones compartían. Había que superar escaseces de alimentos y bienes de consumo; debían ser reparados puertos, puentes y carreteras; y había que hacer frente a una virulenta epidemia de gripe. A pesar de todo era razonable pensar por anticipado que la recuperación de la vida civil normal sería rápida desde Gibraltar hasta Spitzbergen y desde Gran Bretaña hasta Suiza.

En cambio, al este de Suiza e Italia no había ninguna normalidad que recuperar. La Rusia imperial había sido reemplazada por un gobierno bolchevique que controlaba la mayor parte del centro de Rusia, pero que luchaba una guerra civil en distin-

Europa en 1920



tos frentes: contra las fuerzas militares del Antiguo Régimen y contra varios grupos nacionalistas, cada uno de los cuales buscaba la manera de liberarse por completo del dominio ruso. En Alemania había abdicado el káiser y se había proclamado la república; sin embargo, la gran mayoría de las clases medias, los campesinos, los militares, los profesionales y los funcionarios civiles habían sido leales al imperio hasta el momento del colapso, de modo tal que no había nada que se pareciera a un apoyo unánime para la naciente república.

En todos los territorios del centro y el este europeos —que habían estado gobernados por los tres imperios derrotados—, comités nacionales de variada ideología y variada autoridad proclamaban su derecho a crear nuevas repúblicas: Polonia, Lituania, Letonia, Estonia y Finlandia al norte; Checoslovaquia, Austria y Hungría en tierras de los Habsburgo. En los Balcanes, los existentes reinos de Rumanía, Bulgaria y Grecia dependían por completo de las intenciones de los aliados; representantes de las comunidades de eslovenos, croatas, montenegrinos y macedonios negociaban para transformar el existente reino de Serbia en el multinacional reino de Yugoslavia.

En tales circunstancias, los pueblos sometidos de Europa central y oriental, así como los de la península Balcánica, se tomaron muy en serio el texto de los *Catorce puntos* que el presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson, había propuesto el 8 de enero de 1918 como base para la futura paz del mundo. Sus representantes sabían, como es natural, que se mantenían discusiones confidenciales en el campo aliado y que los acuerdos secretos ya estaban tomados; sabían también que Estados Unidos no había entrado en la guerra hasta ocho meses antes del discurso del presidente. A pesar de todo se reconocía universalmente que, sin la contribución de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia solas no habrían podido derrotar a Alemania y que, en consecuencia, la voz de Estados Unidos estaba en pie de igualdad con las potencias occidentales originales.

Los puntos X, XI y XIII eran en especial relevantes para los pueblos que no tenían un Estado. El punto X declaraba que «a los pueblos austro-húngaros, cuyo lugar entre las naciones deseamos ver salvaguardado y asegurado, se les debe conceder la más libre de las oportunidades para un desarrollo autónomo». La

frase «lugar entre las naciones» no garantizaba en sí misma la existencia de un Estado soberano pero implicaba, con toda certeza, autogobierno y alguna forma de reconocimiento internacional.

El punto XIII demandaba «un Estado polaco independiente... que debe incluir los territorios habitados por poblaciones indiscutiblemente polacas, a las cuales debe asegurarse un acceso libre y seguro al mar...». En este caso, Wilson proponía sin equívoco posible un Estado en toda regla. Además, como no había forma de proporcionar acceso al mar sin incluir algún territorio con población alemana, ponía en claro que, si hubiera cualquier conflicto entre los límites nacionales y la viabilidad económica, prevalecería la última. De igual modo, en el punto XI, que trataba la cuestión balcánica, decía que a Serbia debía «concedérsele libre y seguro acceso al mar». Esta última declaración era crucial para aquellos que planeaban establecer un nuevo reino eslavo del sur bajo la autoridad de la existente dinastía serbia; y un obstáculo potencial para los italianos que creían que, según los acuerdos secretos de 1915, habían sido aceptadas sus reclamaciones sobre los territorios costeros adriáticos del Imperio de los Habsburgo.

Todos los pueblos del Imperio de los Habsburgo, más otras pocas nacionalidades sin Estado —como la irlandesa y la catalana—, enviaron delegaciones a la Conferencia de Versalles, con la esperanza de lograr la independencia nacional. Pero la preocupación dominante de la conferencia durante los primeros seis meses de 1919 era la de imponerle la paz a una Alemania derrotada. Los *Catorce puntos* no decían nada de Alemania y, en interés de apresurar su rendición, las autoridades aliadas permitieron que el pueblo alemán tuviera la esperanza de que los principios de Wilson también le serían aplicados en el futuro.

Sin embargo, de hecho, los vencedores iban a tratar a Alemania como a un enemigo derrotado a quien había que mantener militarmente impotente, y a quien habría que exigir el pago de los inmensos costos de la guerra recién terminada. Las decisiones relacionadas con Alemania fueron tomadas por el presidente Wilson, el primer ministro británico Lloyd George y el primer ministro francés Georges Clemenceau, con el consentimiento —pero menor participación— del primer ministro italiano, Or-

lando. Ningún delegado alemán fue invitado a participar en las discusiones.

Hubo algunas conversaciones informales con los bolcheviques, pero ninguna perspectiva real de incorporarlos. El gobierno comunista desconoció todas las deudas de la época zarista y puso en graves aprietos a los aliados al publicar los muchos tratados secretos, cuyas contradictorias promesas iban a envenenar las relaciones entre los vencedores. La propaganda revolucionaria bolchevique era por supuesto anatema para todos los gobiernos capitalistas occidentales y los aliados apoyaron a las fuerzas anticomunistas durante la guerra civil. De modo tal que todas las decisiones que concernían a Alemania dependían de las negociaciones entre los tres aliados principales y sus consejeros más cercanos.

Wilson, además de ser un político experimentado y tenaz, era un idealista. Por su faceta de político sabía muy bien que el conflicto submarino irrestricto, la herencia cultural común anglosajona de Estados Unidos y los venerados recuerdos de la ayuda francesa a los ejércitos revolucionarios de George Washington, significaban que la opinión de los norteamericanos fuera abrumadoramente favorable a Gran Bretaña y Francia, y contraria a Alemania.

Por su faceta idealista estaba resuelto a establecer una nueva Liga de las Naciones, para crear un mundo de «pactos pacíficos públicos alcanzados sin ocultamientos» (punto I de los *Catorce puntos*); a reducir el armamento de todas las naciones «hasta el mínimo posible dentro de lo que permitiera la seguridad interna» (punto IV); a posibilitar el autogobierno y el sentido de justicia internacional, no sólo para todos los pueblos europeos en el futuro inmediato sino también —en cuestión de décadas— para todos los pueblos no europeos que, en ese momento, estaban regidos por autoridades coloniales. Como mucha gente de elevados ideales estaba convencido de la pureza de sus motivaciones e irritaba a los demás por la incapacidad que demostraba para ocultar su sentimiento de superioridad moral.

Lloyd George representaba a una Inglaterra que no había sido nunca tan severamente amenazada desde los tiempos de Napoleón. Acababa de ser reelecto con lemas como «Colgar al káiser» (aunque sus ministros y él estuvieran en realidad encanta-

dos con que el káiser hubiera huido a Holanda, de cuyo territorio no podía ser legalmente extraditado) y con el reclamo de que Alemania fuera «exprimida hasta los huesos». En cuanto al anciano, dignísimo y tremendamente pesimista Clemenceau representaba a una Francia que, dos veces a lo largo de su vida, había sido ocupada por los ejércitos alemanes; una Francia cuya décima parte de territorio estaba reducida a ruinas por cuatro años de bombardeos de artillería y que había sufrido varios meses más la destrucción sembrada por los alemanes en su retirada; una Francia cuyo índice de natalidad y cuyos recursos económicos serían absolutamente insuficientes en el caso de que Alemania volviera a estar alguna vez en condiciones de invadirla.

Hubo momentos de ásperos conflictos entre estos tres estadistas, pero en lo que se refiere a la decisión franco-británica de que Alemania tendría que pagar los costos totales de la larga guerra y la repulsa moral de Wilson contra el militarismo alemán no hubo dudas: a Alemania le sería impuesta una paz punitiva.

Según el Tratado de Versalles, firmado el 28 de junio de 1919 (quinto aniversario del asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo), Alemania cedió todas sus colonias africanas, sus islas del Pacífico y sus concesiones comerciales y militares en China. También hubo de renunciar a las muchas concesiones territoriales y comerciales cedidas por Rusia en el Tratado de Brest-Litovsk de marzo de 1918. Alsacia-Lorena fue devuelta a Francia y se creó un «corredor» polaco en territorios donde la mayoría de los habitantes se consideraban incuestionablemente alemanes. El límite histórico entre Alemania y el Imperio de los Habsburgo se convirtió en el límite entre Alemania y la nueva República de Checoslovaquia. No se consultaron las preferencias de la población de los llamados Sudetes, mezcla de alemanes y checos.

Sin embargo, los vencedores tuvieron la sabiduría de no pretender decidir todas las cuestiones territoriales en seis meses. Tanto Lloyd George como Woodrow Wilson querían evitar que en Alemania se extendiera un rencor permanente. El presidente de Estados Unidos vio la ocasión de aplicar el principio de la autodeterminación una vez que las principales demandas francesas y polacas fueron satisfechas. En febrero y marzo de 1920, plebiscitos supervisados por autoridades internacionales dividieron

de forma pacífica la zona de población mixta de Schleswig entre Dinamarca y Alemania. Y, en la primavera de 1921 —de manera menos amistosa, pero con honestidad y supervisados por observadores internacionales—, los plebiscitos dividieron la Alta Silesia entre Alemania y Polonia.

La ciudad de Dantzig —principal puerto polaco sobre el Báltico— tenía una población de mayoría alemana e infraestructura comercial también alemana. En 1920 se convirtió en ciudad libre bajo los auspicios de la Liga de las Naciones, que designó a un alto comisionado para que arbitrara las disputas entre los intereses polacos y alemanes. La Liga supervisó también los plebiscitos de 1920, en los cuales la mayoría de los ciudadanos de Marienwerder y Allenstein votaron pertenecer a Prusia Oriental y no a Polonia.

Francia exigió también la anexión del Sarre, basándose en que sus minas de carbón serían la legítima compensación por las minas francesas destruidas durante la guerra. Sin embargo, la gran mayoría de la población del Sarre era alemana. Por lo tanto los aliados decidieron ceder las minas a Francia pero que, el territorio en sí, fuera administrado durante quince años por la Liga de las Naciones, al cabo de los cuales los habitantes decidirían si aceptaban la soberanía francesa o alemana, o bien continuaban bajo la soberanía de la Liga.

Los acuerdos de Dantzig y el Sarre auspiciados por la Liga de las Naciones y los exitosos plebiscitos de Schleswig, Silesia, Marienwerder y Allenstein demuestran que los aliados estaban dispuestos a experimentar soluciones internacionalistas y consensuadas en asuntos nacionales y económicos. Su actitud era en parte cuestión de sentido común, en parte la oportunidad de darle una función práctica a la Liga de las Naciones. Si Hitler no hubiera llegado al poder en 1933 absolutamente decidido a destruir todos los tratados de paz es muy posible que esos tratados hubieran podido ser modificados por consenso y que las heridas de una paz punitiva hubieran podido cicatrizarse. La historia es, sin duda, una cuestión de secuencias fácticas, no de hipótesis, pero en un mundo que tiene que aprender a vivir en paz si no quiere destruirse a sí mismo, los ejemplos expuestos en los párrafos anteriores merecen ser recordados.

La delimitación de las fronteras entre Alemania y sus ve-

cinos no fue en realidad arbitraria, excepción hecha del corredor polaco y del límite norte de Checoslovaquia. Por otra parte, los arreglos financieros intentados —en particular las demandas de indemnizaciones— eran un caso de insensatez económica reconocida en su momento pero, en apariencia, imposible de evitar después de que los gobiernos francés y británico hubieran prometido repetidas veces a sus pueblos que Alemania sería forzada a pagar todos los daños provocados por la guerra.

El Tratado de Versalles no estableció ninguna cifra para las indemnizaciones y, a fines de 1919, los políticos más fogosos hablaban de 64 000 millones de dólares, cantidad que pretendía cubrir no sólo los daños directos producidos en suelo francés y belga y la infraestructura productiva, sino también el costo completo del armamento de los aliados, el costo estimado de las pensiones de guerra de viudas y veteranos, etcétera. En abril de 1921 la suma se redujo a 32 000 millones y se decidió asimismo que Alemania estaba en condiciones de pagar un máximo de 500 millones de dólares en cuotas anuales.

Los 500 millones de dólares totalizarían alrededor del 1,6% de 32 000 millones o, dicho en otras palabras, menos del valor normal de interés de pagos, es decir el 4-5% del capital. De manera que, en caso de que los alemanes pagaran puntualmente, el volumen total teórico de su deuda continuaría creciendo. A la vista de semejante absurdo, los alemanes remolonearon y ni siquiera aportaron las cantidades que habrían podido pagar.

En 1923, Francia ocupó parte de la zona industrial del Ruhr para forzarlos a cumplir, una maniobra que le costó más que las indemnizaciones que estaba autorizada a cobrar por la fuerza. Alemania sufrió una hiperinflación sin precedentes. Se convocó una conferencia internacional para reducir las cifras de las indemnizaciones de 1921. Gracias al Plan Dawes de 1924 y al Plan Young de 1929 —Dawes y Young eran los apellidos de los principales negociadores estadounidenses—, Alemania redujo de manera drástica el total del endeudamiento y recibió préstamos de Estados Unidos por un monto mayor que las indemnizaciones pagadas por Alemania hasta 1931, fecha en que quebró todo el sistema a raíz de la depresión.

Entre 1919 y 1924 una serie de tratados añadidos garantizaron un grado sin precedentes de autogobierno a los antiguos

súbditos de los imperios dinásticos. Polonia, las nuevas repúblicas bálticas, Checoslovaquia, Rumanía y Yugoslavia, todas ellas tenían trazadas sus fronteras a lo largo de los límites nacionales y fueron reconocidas como miembros de la Liga de las Naciones. Con la importante excepción de los Estados bálticos, tenían también garantizada su seguridad por tratados de defensa mutua con Francia que, a principios de 1920, era la potencia militar más importante del continente.

En su intento por emular a Occidente estos Estados redactaron constituciones parlamentarias democráticas y convocaron elecciones libres. Pero también levantaron barreras arancelarias entre sí en zonas que habían gozado de una virtual libertad de comercio bajo los Habsburgo o los Románov. Todos tenían desavenencias territoriales con sus vecinos, desavenencias que a menudo parecían incomprensibles a sus protectores occidentales y que, en varias ocasiones, condujeron a conflictos militares fronterizos. En todos ellos había minorías nacionales dentro de sus límites y judíos contra quienes los prejuicios y, a veces, la violencia física eran endémicos. Había sustanciales minorías de ucranianos, alemanes y lituanos en Polonia; de húngaros en Checoslovaquia, Rumanía y Yugoslavia; de búlgaros en Rumanía y Yugoslavia; de eslovenos y austríacos en Italia; de albaneses en Yugoslavia; de macedonios en Yugoslavia, Bulgaria y Grecia; de griegos en Turquía y de turcos en Grecia y Bulgaria. Todos los tratados de paz tenían cláusulas que protegían a las minorías, cláusulas que causaban mucho resentimiento local, puesto que no estaban escritas en las constituciones de Bélgica, Francia ni Gran Bretaña, naciones en las cuales los prejuicios nacionales y religiosos no eran desconocidos.

De cualquier modo, el pacto de la Liga y las cláusulas de los tratados de paz referentes a las minorías significaban un paso positivo en el largo esfuerzo por establecer la justicia social sobre bases internacionales. Tales cláusulas habrían sido inconcebibles sin la iniciativa de Wilson y sin el reconocimiento por parte de todas las potencias aliadas de que la paz mundial dependía de la justicia y no de la revancha. Wilson mismo sabía muy poco sobre la estructura nacional-étnica de la Europa que estaba remodelando. Sin embargo, hay momentos de la historia en que los grandes principios encuentran un tal vez falible pero

gran portavoz. Durante 1919, en las ventanas de las cabañas de las granjas a ambos lados de las fronteras del armisticio, los campesinos encendían velas y rezaban plegarias por *Meester Veelson*. Rendían culto a lo que simbolizaba, si bien no a todo lo que hacía.

De modo tal que, en los primeros años posteriores a la guerra —1919-1924—, Europa centrooriental y los Balcanes fueron testigos del surgimiento de una cantidad de nuevos Estados, cuyas fronteras habían sido en gran parte trazadas de acuerdo con los principios de autodeterminación nacional. En las regiones con poblaciones mixtas se dio preferencia a las antiguas nacionalidades sometidas, en contra de los alemanes, austríacos y húngaros. Debido a la inextricable mezcla de pueblos en la región, cada uno de esos nuevos Estados incluía nuevas minorías nacionales; y todos ellos prometían proteger los derechos de esas minorías y los derechos de los judíos. Todos esos Estados tenían economía capitalista y constituciones parlamentarias. Todos ellos miraban hacia Occidente por razones de seguridad militar y por razones de relaciones comerciales mutuamente prósperas.

La Revolución rusa

La evolución histórica contemporánea en el antiguo Imperio ruso fue por completo distinta de la que se desarrollaba bajo los auspicios de Wilson y los aliados en Europa centrooriental. En noviembre de 1917, la toma del poder por los bolcheviques separó de modo definitivo a Rusia de la Europa capitalista y provocó la transformación social y política más profunda intentada en parte alguna de Europa desde la Revolución francesa de 1789. A partir de 1917 no hay nada en la historia europea que pueda entenderse sin hacer referencia a la Revolución rusa. Por eso es esencial en este punto considerar los antecedentes de ese acontecimiento, que constituyó un verdadero cataclismo.

En las décadas que precedieron a la Gran Guerra, el Imperio ruso era un cúmulo de pueblos predominantemente campesinos y nómadas que apenas se mantenían unidos por la lealtad dinástica al zar, la Iglesia ortodoxa rusa en las regiones europeas del imperio y una serie de guarniciones militares y cen-

tros administrativos establecidos en la región norte del continente euroasiático durante los siglos XVIII y XIX (alrededor de una séptima parte de la superficie de la Tierra). Las inmensas distancias y las poblaciones desperdigadas hacían posible la coexistencia pacífica de culturas muy distintas porque, la mayor parte del tiempo, se ignoraban mutuamente. En los montes del Cáucaso, y a lo largo de Asia central y Siberia, la variedad de nacionalidades, subculturas económicas, religiones y lenguas era infinitamente superior a las diferencias nacionales existentes en la Europa que se extendía al oeste de Rusia.

A mí siempre me ha parecido que Europa occidental, en razón de que sus territorios son relativamente pequeños y sus pueblos relativamente homogéneos, nunca ha sabido apreciar la envergadura *humana* del Imperio ruso (lo mismo que antes no supo apreciar la de los imperios español y portugués). Los rusos no eran racistas como lo fueron los colonizadores anglosajones y del norte de Europa que, al llegar a América, exterminaron a los indígenas sin considerar nunca la posibilidad de asimilarlos pacíficamente dentro de una federación flexible, que admitiera niveles técnicos y culturales muy distintos. Los rusos celebraban matrimonios mixtos dondequiera que se asentaran y, a pesar de la falta de desarrollo de la autocracia imperial, sus soldados y administradores deben de haber tenido ciertas cualidades humanas porque lograron una módica anuencia de pueblos muy dispares.

En 1900, la cultura de estilo europeo —que incluía zonas urbanas con plazas centrales pavimentadas, iglesias y ayuntamientos de piedra, edificios comerciales y mercados organizados— se limitaba a las regiones fronterizas occidentales, a los valles de los ríos principales y a las ciudades de San Petersburgo, Moscú, Kíev y Odessa. Por aquel entonces el capitalismo industrial se desarrollaba en las ciudades más importantes; los campesinos —que hasta 1861 habían sido siervos— se iban transformando de manera gradual en una clase de granjeros europeos que, o bien eran dueños de sus tierras, o las tenían en arriendo con la obligación de compartir las cosechas.

Dos características de la situación a fines del siglo XIX eran en especial pertinentes con respecto al futuro de Rusia. La primera es que, a pesar de la torpeza del gobierno autocrático, lo mejor de las bellas artes, la literatura, la música, la educación su-

perior y las ciencias estaba en pie de igualdad con el resto de Europa. La segunda, que las clases educadas estaban profundamente divididas sobre la cuestión del futuro de Rusia en un mundo de ferrocarriles, comercio internacional, comunicaciones telegráficas y constante aumento de la interdependencia de las naciones a escala mundial.

¿Debía Rusia hacer todo lo posible por adoptar los métodos y técnicas del capitalismo occidental, tener un gobierno parlamentario y una cultura cada vez más laica? ¿O había aspectos de la religión ortodoxa y de la cultura campesina precapitalista moralmente superiores a los del competitivo y laico Occidente? Y ¿cuáles de esos aspectos debían ser preservados como ingredientes básicos del futuro de Rusia? El primer grupo era conocido con el nombre de «occidentalizantes»; el segundo con el de «eslavófilos».

Los partidos que hicieron la Revolución —en especial la segunda, la Revolución «bolchevique»— eran en su mayor parte, pero no del todo, occidentalizantes. Cuando en marzo de 1917 abdicó el zar, los demócratas-constitucionales (Cadetes) esperaban reorganizar Rusia como una monarquía parlamentaria o una república, según los modelos de Gran Bretaña o Francia. El mayor partido de izquierdas —el de los socialistas-revolucionarios— era occidentalizante porque aceptaba el desarrollo del capitalismo industrial, pero eslavófilo porque exaltaba las cualidades del Mir, los pueblos que ejercían la responsabilidad *colectiva* de la agricultura campesina. Los socialistas-revolucionarios eran además los herederos de la «Voluntad del pueblo», grupos de estudiantes idealistas que en la década de 1870 se habían ido a vivir entre los campesinos como maestros y artesanos; eran también los que habían asesinado al zar Alejandro II y los que, hasta 1914, habían agregado a más de cien altos oficiales del gobierno y funcionarios civiles a la lista de «opresores» liquidados.

El Partido Socialdemócrata, dividido por razones tácticas y personales en dos alas, esperaba que la guerra mundial fuera seguida por una revolución socialista también mundial, en la cual Gran Bretaña y Alemania jugarían probablemente los papeles principales y en la cual Rusia colaboraría dando lo mejor de sí misma dentro de sus posibilidades. El ala más numerosa estaba a favor de una democracia parlamentaria y mantenía relacio-

nes amistosas con los socialdemócratas alemanes, los sindicatos polacos y judíos, y los grupos socialistas de Polonia. El ala minoritaria despreciaba la democracia parlamentaria; sus miembros eran en parte herederos de las tradiciones secretistas y violentas de la Voluntad del Pueblo.

En 1915-1916, cuando Alemania triunfaba en el este europeo, los socialdemócratas rusos trabajaban en células clandestinas o vivían en el exilio en otros países europeos, sin expectativa alguna de que la revolución pudiera producirse en un futuro próximo. Pero la abdicación del zar sin ofrecer resistencia, más el extraordinario y total colapso del Estado existente ofrecieron una oportunidad inesperada. Fue en esas circunstancias, entre marzo y noviembre de 1917 (utilizo el calendario occidental en vez del ortodoxo ruso), cuando la certidumbre teórica y el genio organizativo de Vladímir Ilich Lenin, junto con la «audacia» dantoniana de Liev Trotski, hicieron literalmente historia.

Lenin siempre había insistido en que era «el primero entre iguales» en el liderazgo de su facción dentro del Partido Socialdemócrata. Una de sus victorias tácticas significativas fue, desde luego, vincular el nombre de *bolcheviques* ('mayoría') a su grupo. Adoptó el nombre después de una votación particular en la cual ganó su postura, pero la mayor parte del tiempo en toda la década anterior a la Revolución y durante la primavera y el verano de 1917, los bolcheviques eran en realidad menos numerosos que sus rivales a quienes dejaron marcados con el nombre de *mencheviques* («minoría»).

Lenin era un hombre que exudaba certidumbre —por lo menos en todas las relaciones con sus asociados próximos—. Vio el colapso del zarismo como una oportunidad única para lanzar la revolución socialista *mundial*, usando a la «atrasada» Rusia como trampolín, como la primera base territorial. Pero estaba completamente convencido de que la guerra conduciría también al colapso de los otros gobiernos capitalistas y de que la revolución se extendería entonces a la mayoría de los países industrializados, aquellos cuya madurez económica los convertiría en punta de lanza de la revolución mundial, en especial Gran Bretaña y Alemania.

Era también un hombre que no tenía reparos en cuanto a usar los recursos del sistema existente para hacer avanzar los in-

tereses de la revolución. Millonarios «radicales y *chic*» se contaban desde hacía tiempo entre los contribuyentes de la prensa y las arcas bolcheviques (controladas por Lenin). Sus partidarios se engancharon en transacciones monetarias ilegales y, en varias ocasiones, asaltaron bancos (en una de ellas bajo el mando del futuro «padre de la patria» Iósiv Stalin). Al comienzo de la guerra, en agosto de 1914, Lenin y su íntimo seguidor Zinóviev eran técnicamente extranjeros en la parte austríaca de Polonia. Pero gracias a los buenos oficios de la policía austríaca se les permitió abandonar Austria e instalarse en Suiza, país neutral. Simpatizantes que vivían en Alemania financiaron la publicación de varias obras de Lenin y Bujarin en Estocolmo que, después, pasaban de contrabando a Rusia. Tras el colapso del régimen zarista, la prensa bolchevique empezó a reclamar una paz por separado. A los alemanes les pareció que merecía la pena proporcionar un tren especial para trasladar a Lenin y a algunos de sus colaboradores de Suiza a la costa báltica y luego a Suecia. El mismo gobierno provisional gestionó los visados de entrada de Lenin y Trotski. Este último acababa de volver de Canadá y Estados Unidos, donde se había dedicado a tareas periodísticas.¹

Entre marzo y noviembre, el gobierno provisional encabezado por el jefe de la Izquierda Socialista Revolucionaria Alejandro Kerenski ofreció que Rusia continuara la guerra al lado de los aliados, planificó dotarla de una Constitución democrática y trató de mantener buenas relaciones con el cuerpo de oficiales, mucho más conservador y monárquico que la mayoría de la Duma (asamblea legislativa). La izquierda democrática —compuesta por el Partido Socialista Revolucionario y los mencheviques— solicitó también la cooperación de los bolcheviques.

Pero Lenin tenía su programa propio, elaborado en abril, en el momento de su retorno de Suiza a Petrogrado. (La capital había dejado caer de su nombre el «San» en 1914 y se llamaría Petrogrado hasta 1924 cuando se convirtió en Leningrado en ho-

1. Mi relación de la toma del poder por los bolcheviques se basa principalmente en Richard Pipes, *The Russian Revolution*, Vintage Books, Random House, Nueva York, 1991, caps. 8-11; sobre las finanzas en particular, véase Joel Carmichael, «German Money and Bolshevik Honor», *Encounter*, marzo, 1974, pp. 81-90.

nor del recién fallecido líder máximo de los bolcheviques. Después de la extinción de la Unión Soviética en 1991 recuperó su nombre histórico de San Petersburgo.) El programa de Lenin estaba resumido en los lemas: «Paz», «Tierra para los campesinos», «Todo el poder a los soviets». El primero lo puso de punta con todos los demás partidos políticos, puesto que habían votado continuar la guerra. El segundo le permitió acumular cierto apoyo de los socialistas-revolucionarios, mientras los otros partidos políticos temían enemistarse con los aliados y tal vez desorganizar por completo la ya caótica situación interna si se estimulaba abiertamente a que los campesinos ocuparan las tierras. El tercero permitió a los bolcheviques dar a su programa minoritario la apariencia de representar la voluntad de los «obreros y campesinos». Los soviets eran comités elegidos localmente, que controlaban y hablaban en nombre de cada fábrica, grupo de hombres enrolados, marineros de determinados barcos o bases navales, etc. Los soviets eran más fuertes cerca de las grandes ciudades, Petrogrado y Moscú. Tenían mayoría los mencheviques y los socialistas-revolucionarios, que los colocaron a la izquierda del gobierno provisional, y sus cabecillas eran antiguos compañeros de armas, que habían compartido la prisión y el exilio con los bolcheviques. Eran por lo tanto reacios a romper con estos últimos, a pesar de las profundas diferencias de programa y ética.

Lenin, como organizador y teórico, y Trotski, como su principal portavoz, aprovecharon a fondo lo que quedaba de la buena voluntad de los demás partidos de izquierda y, al mismo tiempo, incrementaron gradualmente el apoyo popular, proponiendo lemas que estaban desde luego muy cerca de los deseos de la mayoría. Los soldados estaban hartos de la guerra y desertaban en masa. Los campesinos asumían que se estaban convirtiendo en dueños de las tierras que eran alentados a ocupar. El gobierno de los soviets reemplazó al débil gobierno provisional y permitió que la reducida pero disciplinada minoría bolchevique gobernara en nombre de los órganos populares.

El gobierno provisional se veía debilitado por un factor fundamental: las mutuas (y muy justificadas) desconfianzas entre el primer ministro Alexandr Kerenski y el comandante general del frente de Petrogrado Lavr Gueórguievich Kornílov. Para-

lizado el gobierno, los bolcheviques casi tomaron el poder en julio y, de hecho, lo tomaron en noviembre. No se produjeron las heroicidades en masa que pintaron las películas de Eisenstein una década larga más tarde a instancias de Stalin y por temor a él. La Revolución de noviembre fue un exitoso golpe de Estado. Se produjo la ocupación sin resistencia y por sorpresa de los principales edificios públicos, correos, radios, etc.; los diputados de la Duma, que querían evitar un baño de sangre y que todavía no tenían una idea clara de las acciones que se podían esperar de los bolcheviques, se rindieron en el palacio de Invierno.

Los mismos bolcheviques esperaban una Revolución en la cual ellos fueran el brazo ejecutivo, pero a la cual la izquierda entera prestara colaboración voluntaria. Permitieron elecciones para formar una asamblea constituyente; sin embargo, cuando los resultados de esas elecciones significaron el triunfo de una mayoría socialista-revolucionaria-menchevique, clausuraron la asamblea sin más trámites el 18 de enero de 1918. Les costó tres años de guerra civil, tener que resistir la intervención internacional y sufrir la derrota en una temeraria invasión de Polonia, antes de poder asentar con firmeza su autoridad en Rusia. Además tuvieron que aceptar un tratado de paz, según el cual cedían numerosas poblaciones bielorrusas y ucranianas a la nueva Polonia.

Sin embargo, Lenin obtuvo notable éxito con los puntos fundamentales de su programa inicial. Compró la paz con Alemania gracias al Tratado de Brest-Litovsk aunque, al abogar por él, estuviera a menudo en minoría dentro de su mismo partido. Usó con habilidad los servicios de sus viejos correligionarios Zinóviev y Kámenev para organizar los gobiernos municipales de Petrogrado y Moscú. Se ganó el control de la industria pesada y de muchas unidades militares asentadas cerca de Petrogrado a través de soviets, donde o bien había mayorías bolcheviques, o bien aceptaban el liderazgo bolchevique a falta de otras propuestas claras.

Puso al recién converso Trotski —antiguo menchevique— a cargo del Ejército Rojo. La energía de Trotski, su poder persuasivo en situaciones críticas y el exitoso aprovechamiento tanto de los oficiales zaristas como de los que habían ascendido de las filas de soldados rasos, fueron decisivos para la victoria

militar bolchevique. Lenin puso a cargo de la cuestión de las nacionalidades a su seguidor georgiano Stalin, que desarrolló lo que iba a ser la constante política de los gobiernos bolcheviques: cultivar el folclore y la lengua de cada nacionalidad, pero asegurarse de que el poder real estuviera en manos de hombres leales a la autoridad central bolchevique. Lenin alentó también a los campesinos a ocupar las tierras y dejó para el futuro cualquier explicación de hasta qué punto serían o no legalmente dueños de los campos que cultivaban. Por último, siempre que fue posible, cubrió las decisiones bolcheviques con la legitimidad popular de confirmarlas con entusiastas votos cantados en los soviets.

Hasta aquí he resaltado de qué modo las dotes personales de Lenin le permitieron convencer a sus correligionarios y ganarse un considerable apoyo popular, gracias a su decidida manera de poner en práctica un programa que, sin duda, respondía a los deseos de la mayoría. Pero el caos económico, la guerra civil y la ausencia de «revolución mundial» alguna lo forzaron a adoptar políticas de «comunismo de guerra» y terror masivo. En estas decisiones su carácter personal tuvo cierta importancia. Sin ser vano ni cruel —en el sentido corriente de estas palabras—, Lenin estaba absolutamente seguro de ser indispensable (rasgo nada raro entre los grandes líderes). También estaba absolutamente seguro de la acertada formulación de su programa bolchevique, no sólo para el pueblo ruso sino para los trabajadores y campesinos del mundo entero. Durante el verano de 1917 se mantuvo oculto para no correr el riesgo de ser arrestado o asesinado. A través de sus principales lugartenientes dirigía la prensa bolchevique y la preparación militar para la toma del poder, que todo el mundo anticipaba a principios de octubre.

Los primeros meses después del golpe de noviembre parecieron una especie de luna de miel para la Revolución pero, el 30 de agosto de 1918, el asesinato del jefe de policía Uritski y el intento de asesinato del mismo Lenin lo indujeron —igual que a los jacobinos de 1793— a defender la Revolución a fuerza de terror. Tampoco entonces hubo sadismo ni desbordes emocionales (aunque «aplastar» fuera uno de los verbos favoritos de Lenin), sino la precisa y rápida eliminación física de presuntos enemigos. El 3 de septiembre, el gobierno anunció que, como represa-

lia por la muerte de Uritski, había ejecutado a quinientos enemigos de clase en Petrogrado y a cuatrocientos en Yaroslavl.² Se instalaron campos de concentración para «reeducar» a la burguesía recalcitrante y al *lumpen proletariat*. El gobierno nunca ocultó su disposición para detener o ejecutar, y Lenin justificó el estado de terror basándose en que, con esos métodos, moría mucha menos gente que en las guerras de las potencias capitalistas.

La política de comunismo de guerra se adoptó para contener el prevaleciente caos y proporcionar un liderazgo resuelto en contraste con el supuestamente vacilante liderazgo de los socialistas-revolucionarios y los mencheviques. Bajo el amparo del comunismo de guerra se nacionalizaron por completo las tierras, el comercio y la industria. Se implantó el racionamiento junto con los principios de clase que adjudicaban raciones más abundantes a los obreros industriales que a los empleados de cuello blanco y a los «burgueses». El comercio exterior se convirtió en monopolio estatal y, en el interior, el gobierno recibió con beneplácito la quiebra de los bancos y la sustitución de la economía monetaria por el trueque. Las propiedades de la Iglesia ortodoxa fueron confiscadas, pero las iglesias siguieron abiertas. Se requirió el grano aunque el gobierno trató de dejar a los campesinos suficiente cantidad del total producido, de modo que no se sintieran desilusionados con la Revolución. Se toleró en gran medida el mercado negro de alimentos y bienes de consumo.

El período del comunismo de guerra —desde el verano de 1918 hasta marzo de 1921— corresponde al período de la guerra civil y la intervención extranjera. El gobierno soviético tuvo que hacer frente a varios desafíos armados: de campesinos nacionalistas y grupos anarquistas en Ucrania y el Cáucaso; de ejércitos contrarrevolucionarios apoyados por los monárquicos, los franceses y los japoneses; de los legionarios checos, ex prisioneros de guerra que se habían mostrado amistosos con el gobierno provisional, pero que eran antibolcheviques y estaban de-

2. Mi relación sobre la guerra civil y el comunismo de guerra se basa principalmente en W. H. Chamberlain, *The Russian Revolution, 1917-1921*, Liev Trotsky, *History of the Russian Revolution* (ambas disponibles en varias ediciones desde 1934) y Geoffrey Hosking, *The First Socialist Society*, edición corregida y aumentada, Harvard University Press, 1990.

seando volver a su tierra natal, donde se estableció una república democrática capitalista; y de unidades alemanas autorizadas explícitamente por los aliados para defender a las provincias bálticas contra cualquier intento soviético por recobrar la soberanía de la zona.

La organización del Ejército Rojo fue el aporte más sobresaliente de Trotsky a la Revolución. Alrededor de noviembre de 1917 contaba aproximadamente con cien mil «guardias rojos», que fueron utilizados para tomar y patrullar los edificios gubernamentales de Petrogrado y Moscú. Pero esas tropas voluntarias no eran de ninguna manera bastante numerosas, ni estaban lo suficientemente bien entrenadas ni disciplinadas, para extender el control bolchevique más allá de las ciudades importantes. Entre los años 1918 y 1920 se reclutaron y entrenaron entre dos y tres millones de soldados. Escasez de armas y uniformes, y sólo escaramuzas menores a falta de verdaderas batallas, significaron que, en realidad, rara vez hubiera más de cien mil soldados en combate. El partido, dirigido por intelectuales de orientación occidental, tuvo que aceptar el hecho de que en primavera los reclutas desertaran para tomar parte en la siembra; y en septiembre un considerable porcentaje de ellos volviera a sus unidades para ayudar a defender al gobierno que les había dado las tierras.

La brecha cultural entre los altos mandos bolcheviques y la masa de campesinos rusos era —como sugerí antes con relación al Antiguo Régimen— mucho mayor que en Europa occidental. El genio de Trotsky y su plana mayor para tratar de forma humana a sus iletrados compatriotas nunca ha sido apreciado como merece en el oeste. El Ejército Rojo combinó los cursos de alfabetización e higiene pública con el entrenamiento militar. Se enseñaba que el saqueo, los pogromos antisemitas, las violaciones, no eran prácticas aceptables en un ejército disciplinado; se fusiló a un considerable número de saqueadores y violadores para demostrar la gravedad de esos hechos.

Trotsky empleó a unos cincuenta mil oficiales zaristas, atraídos por su extraordinaria habilidad y por el hecho de que el Ejército Rojo, ideológicamente aparte, defendía zonas decisivas de la Rusia histórica contra fuerzas centrífugas e invasores extranjeros. Esos oficiales crearon a su vez una nueva clase de oficiales

y suboficiales, elegidos entre los reclutas más talentosos de origen campesino y obrero. La mayoría de las veces, Trotski no interfería con sus juicios profesionales, pero estableció un cuerpo de «comisarios políticos» para protegerse contra la traición de aquellos que, después de todo, venían de las filas de las clases altas. A pesar del tifus, la viruela, el cólera, la gripe, la disentería y distintas formas de enfermedades venéreas, en noviembre de 1920 el Ejército Rojo se las arregló para derrotar los esfuerzos combinados de los contrarrevolucionarios, los separatistas ucranianos y las intervenciones de europeos y japoneses.³

A los ojos de la sufrida población, la victoria en la guerra civil terminó con la justificación del comunismo de guerra y el terror. Los socialistas-revolucionarios, los mencheviques y los anarquistas empezaron a provocar agitaciones más abiertamente. En particular, los marinos de la base naval de Kronstadt, proletarios ideales desde el punto de vista bolchevique, llamaron a nuevas elecciones de los soviets con una campaña preliminar libre para todos los partidos y voto secreto. El gobierno consideró que las demandas eran una conspiración contrarrevolucionaria para desestabilizar al país, precisamente cuando se estaba buscando reconocimiento diplomático internacional. Al cabo de dos semanas de negociaciones infructuosas, unidades del Ejército Rojo cruzaron a toda velocidad los hielos durante la noche del 17 de marzo de 1921, capturaron la acosada base naval y ejecutaron a cientos de marinos prisioneros.

Pero al mismo tiempo que reprimía sin piedad la rebelión, Lenin entendió el mensaje. En pocos días anunció la adopción de una Nueva Política Económica (NEP). Fueron restablecidos el mercado minorista y el uso de la moneda. Las fábricas y las tiendas con menos de veinte empleados fueron desnacionalizadas, se permitió la iniciativa privada en el comercio minorista, la vivienda y las profesiones. La requisita de grano fue reemplazada por un impuesto fijo en especies, y se autorizó a los campesinos a vender los excedentes en los mercados libres. Se restableció la economía monetaria y se instauró un nuevo sistema estatal ban-

3. Orlando Figes, «The Red Army and Mass Mobilization during the Russian Civil War, 1918-1920», *Past and Present*, noviembre, 1990, pp. 168-211.

cario con un rublo respaldado por el patrón oro, que sería la base de las transacciones comerciales.

Según explicó Lenin la cuestión en el X Congreso del Partido, lo único que el país pedía era que se curaran sus heridas. El gobierno tenía que estar atento a la abrumadora mayoría campesina. Era necesario un capitalismo limitado —que incluyera las inversiones extranjeras—, el cual no tenía por qué poner en peligro el futuro del socialismo mientras el gobierno mantuviera en sus manos «los bienes estratégicos», es decir, mientras controlara los recursos naturales, las redes de transportes y comunicaciones, las grandes plantas industriales y, desde luego, las fuerzas armadas. Sin embargo, al mismo tiempo que Lenin demostraba flexibilidad en asuntos económicos, seguía sin restaurar la libertad de prensa ni la de las organizaciones mencheviques y del Partido Socialista Revolucionario.

Establecida la NEP, la economía rusa recuperó hacia 1928 los mismos niveles de producción y calidad que tenía en 1913. Pero entretanto los bolcheviques habían perdido a su líder máximo. Lenin sufrió un derrame cerebral en 1922 y murió en enero de 1924. El éxito de su política económica conservó su fuerza, pero al partido le costó casi cinco años decidir el futuro liderazgo. Una de las grandes contradicciones de la historia revolucionaria —no del todo reconocidas por los principales protagonistas de la época— fue que, por un lado, el partido se consideraba ejecutor del impersonal Mandato de la Historia; pero por otro, su triunfo en el período de 1917-1921 dependió con absoluta certeza del voluntarismo poderosamente eficaz de su jefe supremo V. I. Lenin.

Los comienzos de la República de Weimar

Durante los mismos años en que la más «atrasada» de las grandes potencias era transformada de acuerdo con la voluntad de los bolcheviques, la más adelantada económica y científicamente tanteaba, dando tropiezos, la forma de recuperarse de su derrota en la guerra mundial. Al empezar cualquier exposición sobre la desdichada República de Weimar es importante destacar la tremenda diferencia de atmósfera política entre Rusia y Ale-

mania. En Rusia, los partidos reformistas e izquierdistas no se sentían humillados por la derrota de los ejércitos zaristas. Por el contrario, la veían como una brillante oportunidad para rehacer su tierra natal. Además, el control del cuerpo de oficiales zaristas sobre las autoridades civiles no era el mismo que en el caso de Alemania.

Es un hecho que el desencanto civil alemán con respecto a la guerra se hizo palpable en 1917. Una ala del Partido Socialdemócrata insistió públicamente en una paz sin anexiones y en democratizar la Constitución imperial. Formaron un nuevo partido, pequeño pero prestigioso por la calidad de sus miembros, el Partido Socialdemócrata Independiente. Y a la izquierda de ese partido se situaron los seguidores de los intelectuales socialistas antibélicos Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg que formaron la «Liga Espartaquista» (nombre tomado de la más famosa de las revueltas de esclavos en la época del Imperio romano). Sin embargo, hasta el último día de la guerra, e incluso después, los militares profesionales les dictaban a los gobernantes civiles lo que debían hacer en todas las cuestiones que consideraban cruciales para sus intereses. Y, como eran la única fuerza capaz de mantener el orden, convertían a cualquier autoridad civil en rehén de su tolerancia.

A fines de septiembre los generales decidieron que la situación militar era insostenible y que debía acordarse la paz de inmediato, antes de que la lucha se trasladara a suelo alemán. Ordenaron al último canciller imperial, príncipe Maximiliano de Baden, que pidiera un armisticio. El canciller intentó impedir una derrota completa y, el 4 de octubre, informó al presidente Wilson de que Alemania aceptaba los *Catorce puntos* como base para la paz. Entretanto, importantes personalidades políticas trataban de conseguir que el káiser abdicara en favor de uno de sus hijos, de modo que el Imperio alemán no fuera necesariamente destruido por la derrota militar. Los aliados hicieron saber al príncipe Maximiliano que sólo aceptarían la rendición incondicional; y el káiser se negó a dejar el trono hasta que fue demasiado tarde: el 9 de noviembre abdicó y huyó a Holanda, que se había mantenido neutral.

Durante ese mismo mes de octubre se produjeron varios motines, en los cuales se exigían medidas de trato igualitario, de un calibre como jamás se habían oído en la disciplinada historia

de las fuerzas armadas alemanas. Los marineros de la base naval de Kiel, aunque seguían «manteniendo las distancias», pidieron que en el futuro «el tratamiento de *Herr Kapitan* se reservara sólo para el comienzo de la frase y que, de ahí en adelante, pudieran dirigirse a los superiores usando *Sie* («usted»)⁴. Mucho más importante que los motines fue la simple y masiva desintegración de las fuerzas armadas, conforme cientos de miles de soldados y marineros empezaron a volver a casa a pie, sin pedir permiso alguno; los trabajadores de las grandes ciudades, inspirados por el ejemplo de la Revolución bolchevique del año anterior, establecieron soviets que, en muchos distritos, se convirtieron en la única forma de autoridad municipal. El 7 de noviembre de 1918, la sección bávara del Partido Socialdemócrata Independiente proclamó una República de Baviera, con la evidente intención de descentralizar y radicalizar el sistema político, cualquiera que fuera el futuro de Alemania.

En tales circunstancias, los únicos miembros civiles de un gobierno «legítimo» dispuesto a actuar en nombre de toda Alemania fueron los diputados de los partidos Socialdemócrata y de Centro del Reichstag. El 9 de noviembre, los líderes socialdemócratas Friedrich Ebert y Philipp Scheidemann proclamaron otra República en Berlín; el diputado centrista Matthias Erzberger entregó el pedido de rendición a los aliados. Como presidente provisional y primer ministro, Ebert y Scheidemann dependían desgraciadamente del apoyo de los soviets de Berlín y de aquellos generales que aceptaban la república como única autoridad institucional en condiciones (por el momento) para tratar con los aliados.

Unas semanas más tarde, el 6 de enero de 1919, la Liga Espartaquista, casi sin armas, protagonizó un alzamiento que trató de tomar el control del Concejo de la ciudad de Berlín, en un intento por empujar a la bisoña república hacia un comunismo de estilo soviético. El gobierno provisional no tenía fuerzas policiales confiables a las cuales acudir y pensó —tal vez con todo acierto— que su futuro dependía por completo de la capacidad que tuviera para mantener «la ley y el orden» en las calles de la derrotada Alemania. Por lo tanto se volvió hacia los Freikorps,

4. Rudolph Coper, *Failure of a Revolution: Germany in 1918-1919*, p. 68.

unidades desmovilizadas del ejército privadamente financiadas, para reprimir la revuelta espartaquista. Tarea que esas tropas desempeñaron con extrema brutalidad y que incluyó los asesinatos de Liebknecht y Luxemburg. Al mismo tiempo la República de Baviera estaba paralizada por querellas internas entre sus absolutamente inexpertos ministros y sus apasionados teóricos. Su presidente-fundador Kurt Eisner fue asesinado en febrero de 1919 y sus seguidores más radicales establecieron una república «soviética», con la cual acabó el gobierno provisional en mayo, ayudado por el ejército y las unidades de los Freikorps. Así fue como nació la república en Alemania: de la completa derrota militar y de la desintegración interna del Imperio alemán; y así fue como quedó a merced de las fuerzas militares más reaccionarias para establecer su autoridad en las calles. Los generales manejaron también a conciencia la escenificación del armisticio y la posterior firma del Tratado de Versalles de manera que implicara a los civiles... y solamente a los civiles. En el caso del Tratado, lo mismo que en el del armisticio, el gobierno republicano provisional trató de suavizar los términos y, en la única declaración que le fue permitido hacer, indicó con toda franqueza que Alemania nunca podría aceptar la cláusula que señalaba que la agresión germana era la única responsable de la guerra. Pero los aliados, como ya hemos visto, no estaban de ninguna manera dispuestos a hacer concesiones y la delegación civil tuvo que firmar el Tratado aceptando la cláusula que se refería a la culpabilidad por haber desatado la guerra.

En cuanto al ejército hubo de rendir sus armas pesadas; pero ni los gobiernos aliados ni el alemán interfirieron en la libertad personal ni en la autoridad jerárquica del cuerpo de oficiales. La táctica de los generales con relación a las autoridades civiles sentó las bases de dos importantes leyendas de la época de posguerra: la primera, que el ejército nunca había sido derrotado en el campo de batalla; la segunda, que había sido «apuñalado por la espalda» por los «civiles», es decir, socialistas, comunistas y judíos. Por añadidura, la absoluta dependencia del nuevo gobierno de lo que quedaba de las fuerzas armadas significaba que el núcleo monárquico del ejército, la policía y los servicios civiles en general fueran intocables para la «revolución» republicana.

A pesar de todas estas dificultades había un gran caudal de conocimiento y buena voluntad en las filas de la mayoría de los civiles, que ya llevaban dos décadas votando a la socialdemocracia y a los partidos centristas, y clamando por una Constitución más democrática. Entre febrero y agosto de 1919, en la ciudad de Weimar (ligada a las ilustres figuras de J. S. Bach, Goethe, Schiller, Franz Liszt y Friedrich Nietzsche), una asamblea constituyente electa elaboró trabajosamente la carta fundamental de la Alemania republicana.

El emperador fue reemplazado por un presidente elegido por sufragio universal. El Reichstag también sería elegido por sufragio universal *no calificado* de todos los ciudadanos que tuvieran más de veinte años. (El Reichstag imperial era elegido de acuerdo con un sistema de sufragio calificado para los hombres adultos, que daba más votos a las clases ricas.) El canciller y su gabinete serían responsables ante la mayoría legislativa, como en cualquier auténtico sistema parlamentario. En un esfuerzo para que el Reichstag reflejara con tanta precisión como fuera posible el estado de la opinión pública, la asamblea constituyente adoptó la representación proporcional, adjudicando un diputado por cada sesenta mil votos, característica que significaba que el número de diputados variara de acuerdo con el número de personas que de verdad votaran.

Alemania siguió siendo un Estado federal, con una cámara alta —el Reichsrat— que representaba a los *Länder* («estados»). El Reichsrat podía vetar leyes, en cuyo caso la cámara baja tendría que reunir dos tercios de la mayoría para superar el veto. Pero en vez de dejar que las cosas llegaran a un conflicto directo, el Reichstag adoptó la costumbre de consultar al Reichsrat antes de pasar ninguna legislación que afectara los derechos de los *Länder*. La Constitución incluía también nuevos derechos sociales: viviendas dignas, sindicatos independientes, libertad de asamblea pacífica y atención de los veteranos de guerra y sus familias.

La República de Weimar extendió también una característica que a mí, como estadounidense, siempre me ha parecido particularmente lúcida. Alemania, igual que Estados Unidos, era un país con muchas Iglesias. Mientras en Estados Unidos siempre se ha levantado un muro de separación entre la Iglesia y el

Estado, la República alemana decidió de forma explícita utilizar los fondos públicos para financiar todas las escuelas según los porcentajes de fieles de cada Iglesia (incluida la judía) en una zona determinada.

La intención de los redactores de la Constitución era con toda certeza crear lo que ahora llamaríamos un Estado democrático de bienestar con economía mixta. La Asamblea de Weimar aprobó el documento final en agosto de 1919 por una votación de 262 contra 75. Al mismo tiempo la mayoría liberal-centrista-socialdemócrata se cuidó muy bien de no interferir en los derechos históricos del funcionariado civil, los cuerpos docentes universitarios y secundarios, la judicatura, la policía y las fuerzas armadas. Todos esos grupos eran monárquicos hasta el tuétano. Los profesores y maestros seguían glorificando el Imperio y sus tradiciones militares. Los jueces dictaban duras sentencias contra los huelguistas de izquierda y trataban con benignidad a la violencia derechista, incluidas atrocidades como el asesinato del líder socialista independiente Hugo Haase y del ministro de Industria (judío) Walther Rathenau. La policía demostraba preferencia por romper los cráneos de los izquierdistas en las numerosas manifestaciones callejeras de la época de Weimar, y siempre encontraba dificultades para identificar a los matones de derecha.

Si volvemos a los aspectos internacionales de la situación, Francia insistía en el pago total de una inmensa cantidad de indemnizaciones de guerra, con el tibio respaldo de las potencias anglosajonas. Una de la cuales —Estados Unidos— había rechazado la visión de su propio presidente, incorporada en el Tratado de Versalles o en la Liga de las Naciones. Alemania había financiado su esfuerzo bélico —en mucha mayor escala que los aliados— a costa de la emisión de billetes. La combinación de la paz, de un nuevo gobierno con poca autoridad sobre las clases profesionales y comerciales, más la pérdida total de todas sus reservas de oro dedicadas al pago de indemnizaciones condujeron a una hiperinflación. Mientras los franceses invadían el Ruhr por la falta de pago en especies de las indemnizaciones (sobre todo hierro y carbón), para mantener las tasas de cambio con respecto al dólar, el marco sufrió un colapso tal que los precios subían por horas, primero en cientos de miles y luego en millones.

Pero, por fortuna, la insensatez financiera no elimina las bases fundamentales de una economía desarrollada. La verdadera riqueza de un país está en sus recursos naturales, su capacidad industrial y agrícola, el nivel educativo y la capacidad económica de su población. Alemania estaba muy bien dotada en todas estas formas de riqueza, sus fábricas y minas no habían sufrido los daños provocados por la guerra de la misma manera que los sufrieron Francia y Bélgica.

La solución para una hiperinflación disparada fue en gran parte obra del socialdemócrata ministro de Hacienda Rudolph Hilferding. El 1 de enero de 1924 puso en circulación el nuevo Rentenmark, basado no en las reservas metálicas (que virtualmente habían desaparecido) sino en la hipoteca general sobre la riqueza nacional o, más precisamente, en la confianza en la capacidad productiva de toda la economía alemana. El Rentenmark inició una forma de estabilidad no inflacionaria que, desde entonces, ha sido característica de la economía alemana en tiempos de paz. Fue también en 1924 cuando el Plan Dawes redujo el total de futuros pagos por indemnizaciones y concedió a Alemania sustanciales préstamos, que contribuyeron de manera notable a la nueva estabilidad de las finanzas alemanas.

Un breve atisbo de normalidad

Si se tratara de elegir una fecha en la cual se pudiera decir que los europeos tuvieron la sensación de haberse «recobrado» de la Gran Guerra y de sus revolucionarias secuelas, sería la de los años 1925 o 1926. Por esa época el Rentenmark había restablecido la estabilidad financiera en Alemania; la Nueva Política Económica había recuperado la producción agrícola, el comercio local y la industria en la Unión Soviética; las recién estrenadas repúblicas centroeuropeas habían estabilizado sus administraciones; los aliados occidentales y los pujantes países neutrales habían recobrado su nivel de vida anterior a la guerra y avanzaban tanto en prosperidad como en la democracia política. El recuerdo de tantas muertes y privaciones físicas durante el conflicto bélico, la vista diaria de tantos veteranos con un solo brazo o una sola pierna que, de no haber sido por la guerra, habrían sido

hombres sanos de treinta o treinta y tantos años, dio lugar a una nueva sensibilidad ante toda clase de injusticias y desgracias. En Gran Bretaña y Francia, los Países Bajos y Escandinavia el sufragio se hizo de verdad universal para ambos sexos; el derecho de huelga y las libertades sindicales se fortalecieron; la educación pública y la asistencia sanitaria subvencionada se extendieron a zonas antes abandonadas. En Bélgica, Holanda y Suecia tales cambios significaron el recorte de la autoridad real y, en los tres países, se logró de forma pacífica un nuevo equilibrio entre la Corona y el Parlamento.

Más importante que el sentimiento de una nueva estabilidad fueron los cambios de talante que auguraban un futuro más pacífico. Antes de 1914 Gran Bretaña había mostrado su inquietud a la vista del desafío industrial y naval de la Alemania imperial. Terminada la guerra, se ciñó de manera pacífica al hecho de que Estados Unidos la había reemplazado como principal acreedor mundial y al de que Japón hubiera incrementado su relativa influencia política y económica en el Pacífico. Reconoció que la recuperación de su antigua enemiga, Alemania, era en realidad esencial para su prosperidad económica y comercial. Por la vía de una serie de —en su mayoría— amistosas conferencias imperiales aceptó la transformación del Imperio en la Commonwealth, con todo lo que implicaba la virtual independencia de Canadá, Australia y Nueva Zelanda.

La Francia oficial no podía realmente liberarse del miedo a Alemania, pero a mediados de los años veinte había reconstruido la pujante industria y agricultura del nordeste. Estaba electrificando los ferrocarriles, pavimentando las carreteras rurales y modernizando la maquinaria de minas y fábricas. Mucho antes de 1914, los europeos en general creían que la ropa, los objetos estéticos de cualquier clase, la cocina, las bellas artes y los bienes de consumo franceses eran garantía de alta calidad. Los muertos durante la guerra y el bajo índice de natalidad habían creado una notable escasez de mano de obra y las filas de trabajadores se nutrieron en los años veinte con la inmigración de unos tres millones de italianos, españoles y polacos.

En el siglo XIX, Francia daba tradicionalmente refugio a exiliados políticos de los imperios dinásticos del este. La actitud francesa hacia los inmigrantes era compleja y reflejaba esa com-

binación singular de orgullo nacional e ideales universalistas, herencia de la Revolución francesa. Los trabajadores eran necesarios y podía pagárseles menos que a sus compañeros franceses. (Aun así, se las arreglarían mejor que en sus países de origen menos desarrollados.) Artistas, intelectuales y líderes políticos exiliados contribuyeron a la extraordinaria vitalidad de la vida cultural francesa, especialmente en París, y su mera presencia confirmaba a los franceses en su convencimiento de que Francia era el mejor de los lugares posibles donde un ser humano podía vivir (de lo contrario ¿por qué iban todos a parar allí?).

La burocracia no facilitaba a los trabajadores inmigrantes la ciudadanía, pero los hijos de los inmigrantes iban a escuelas francesas, se educaban en las tradiciones cartesianas del racionalismo y en las tradiciones de tolerancia e igualdad de oportunidades de la Ilustración. De modo que, haciendo balance, los inmigrantes latinos y eslavos fueron asimilados con éxito gracias a los ideales preñados de universalismo prevalecientes en Francia, que había recuperado su prosperidad y su reputación mundial.

Hacemos una pausa para examinar la situación en los florecientes países neutrales: antes de 1914, Suecia había dado forma a su gobierno y a su funcionariado civil en gran parte según el modelo germano. Como en Alemania, el respeto por la educación y la competencia también provocó un fuerte sentimiento de diferencias de clase. El gobierno tomó una decidida actitud paternalista hacia el ciudadano de a pie. Lo prueba —por ejemplo— el hecho de que no se pudiera renunciar a ser miembro de la Iglesia nacional (luterana), a menos que uno se integrara simultáneamente en otra comunidad cristiana.

En 1914, igual que en Alemania, el Partido Socialdemócrata era el más numeroso y el que más insistía en las reformas democráticas. Dos eran los factores de particular importancia que lanzaron la famosa «vía media» sueca entre el capitalismo anglosajón y el socialismo marxista. El primero era que, hacia 1920, el Partido Socialdemócrata abogaba no por una nacionalización general de la economía, sino más bien por una combinación de la propiedad social de los recursos naturales con un capitalismo industrial y cooperativas de productores y consumidores. El segundo era que la llegada del sufragio universal y la representación proporcional coincidían —felizmente— con la

buena disposición del temperamental y autoritario rey Gustavo V para aceptar un auténtico gobierno parlamentario. La victoria de la monarquía parlamentaria británica sobre la autoritaria monarquía alemana alentó, como es natural, esa transformación.⁵

La evolución de Dinamarca demostró cómo incluso un país pequeño, con pocos recursos naturales y una posición geográfica peligrosa, podía lograr prosperidad económica y estabilidad democrática. Había perdido un tercio de su territorio a manos de la Prusia de Bismarck en 1864 y, en las últimas décadas del siglo XIX, el trigo ruso, argentino y estadounidense le habían arrebatado sus mercados agrícolas tradicionales. Pero las Escuelas Populares y el movimiento cooperativo aportaron el consejo que permitió a los granjeros daneses convertir las granjas de cereales en granjas lecheras. Además, a falta de grandes prados de pastoreo, criaban cerdos —que requerían menos terreno— y se convirtieron en productores y exportadores de mantequilla, queso y jamón de alta calidad.

El bloqueo británico causó sustanciales pérdidas y la vida en una estrecha península que separaba el mar del Norte —dominado por los británicos— del mar Báltico —dominado por los alemanes— exigía la más exquisita neutralidad para que se le permitiera vivir en paz en plena guerra mundial. Terminada la contienda, sus ingenieros navales, sus motores Diesel, su muy desarrollada industria cementera (siempre había abundancia de arena disponible) y su capacidad para tratar amigablemente con clientes muy distintos permitió a Dinamarca construir muelles para el nuevo puerto polaco de Gdynia, ayudar a modernizar las instalaciones portuarias de la derrotada Alemania, construir el túnel de Maas para sus vecinos holandeses de Rotterdam y suministrar barcos a la nueva Unión Soviética.⁶

Entre 1899 y 1901 consiguieron un auténtico gobierno parlamentario y el reconocimiento de los derechos de los sindicatos libres para negociar, y el sufragio universal data de 1915. Después de la guerra, los gobiernos que fueron sensibles a las necesidades de la economía en pequeña escala subsidiaron con

5. O. F. Ander, *The Building of Modern Sweden*, cap. 10 y passim.

6. J. Danstrup, *A History of Denmark*, Wivors, Copenhagen, 1949.

regularidad tanto las empresas privadas como las cooperativas de pesca, construcción de viviendas y diversos oficios. Lo mismo que en Suecia y Noruega, los socialdemócratas no exigían la socialización de todos los «medios de producción» sino más bien que los recursos naturales y los servicios públicos estuvieran socialmente controlados; que el Estado asumiera más responsabilidad con respecto a las pensiones a la vejez, la salud y la educación.

En la solución de sus problemas nacionales, los países escandinavos contaban con varias ventajas naturales. Una era la de tener poblaciones relativamente pequeñas (tres millones Dinamarca y Noruega, y seis millones Suecia alrededor de 1920), que hablaban una sola lengua (aunque con significativos dialectos regionales) y pertenecían por abrumadora mayoría a una misma Iglesia (el 97 % de la población era luterana). La otra, que las minúsculas minorías de judíos y otros europeos eran asimilados con facilidad en las ciudades donde la feligresía luterana se combinaba con la tolerancia hacia otros credos.

La situación era más difícil en la recién creada República de Checoslovaquia. Sólo un 65 % de una población total de aproximadamente catorce millones de habitantes estaba registrada como checoslovaca, por un gobierno reacio a «reconocer» a checos y eslovacos como pertenecientes a distintas nacionalidades. Hablaban, sí, la misma lengua, pero los checos habían pertenecido a la mitad austríaca del Imperio de los Habsburgo, se habían convertido en la zona más industrializada de todo el Imperio hacia 1914 y disfrutaban de niveles más altos de vida y educación que los eslovacos. Si se pretendiera separar a los dos grupos, los étnicamente eslovacos vendrían a ser algo así como el 20 % de la población nacional.

Había, además, un 23 % de alemanes concentrados en tierras de los Sudetes, cerca de la frontera alemana, y en ciudades principales como Praga y Pilsen; más de un 5 % de magiares; un 3,5 % de rutenos (primos hermanos de los ucranianos) y un 2,5 % de judíos. Todas esas cifras son, como estoy diciendo, aproximadas. Es imposible establecer con precisión si los individuos saben de verdad y/o se interesan por reconocer su etnia ancestral. Si pertenecen a cierto grupo porque ellos mismos se han identificado con tal o si han sido identificados como pertene-

cientes a determinado grupo por funcionarios civiles con motivos para maximizar o minimizar a ciertas etnias. Pero con la debida licencia por las cifras aproximadas está claro que los «checoslovacos» eran sólo dos tercios de la población y que, si se los trata como nacionalidades separadas, tanto numérica como económicamente, los checos constituían menos de la mitad de la totalidad.

Las diferencias religiosas eran menos llamativas pero, aun así, muy importantes. El 76 % de la población era católica romana; los checos, para quienes el mártir protestante Jan Hus es héroe nacional, están en contra del catolicismo romano; mientras que eslovacos y magiares eran los comulgantes más ultramontanos. El Partido del Pueblo Eslovaco del padre Hlinka era demagógicamente anticheco y antisemita. Los rutenos, salvo unos pocos de etnia polaca —concentrados en el extremo más oriental de Checoslovaquia— pertenecían a la Iglesia uniata, que seguía el rito ortodoxo oriental, pero reconocía la autoridad del papa. El 7 % de los protestantes estaba dividido entre docenas de sectas. Es difícil evaluar la importancia del antisemitismo y las mutuas suspicacias entre católicos y protestantes, y en la comunidad católica debido a la tradición husita. Checoslovaquia era en cierto modo más tolerante que sus vecinas Polonia y Hungría, y estaba espiritualmente mucho menos unida que los países escandinavos.⁷

La Constitución checoslovaca, como la de la República alemana, establecía una presidencia fuerte, pero albergaba la soberanía en un Parlamento elegido por sufragio universal con representación proporcional. Esta modalidad alentó la existencia de muchos pequeños partidos. Entre 1920 y 1935, las legislaturas incluyeron alrededor de quince partidos distintos, de los cuales sólo el Partido Agrario checoslovaco, el Partido Socialdemócrata checoslovaco y el Partido Comunista lograron en uno u otro momento el 10 % de votantes. Pero con excepción de pequeñas formaciones ultranacionalistas de alemanes, eslovacos y magiares, todos los partidos deseaban participar en coali-

7. Para las estadísticas étnicas, religiosas y políticas me he basado en Joseph Rothschild, *East Central Europe between the Two World Wars*, University of Washington Press, Seattle y Londres, 1977, pp. 87-116.

ciones y llegar a los compromisos que fueran necesarios para vivir en paz.

Los checoslovacos sabían que eran una nación pequeña, rodeada de enemigos potencialmente más fuertes. Sabían que, en gran parte, debían su existencia a la buena voluntad de Woodrow Wilson y a la astuta diplomacia anterior a Versalles de Tomás Masaryk y Edvard Benes. Sabían que la tolerancia, la mano de obra, la sobriedad y la puntualidad contribuían poderosamente a la prosperidad. No habían sido humillados como los alemanes y, de buena gana si bien con inquietud, asumían su dependencia del liderazgo económico y diplomático francés.

Una serie de gobiernos de coalición compilaron un impresionante récord legislativo: la reforma agraria (facilitada por el hecho de que la mayoría de los terratenientes habían sido nobles o pertenecían a la alta burguesía, íntimamente ligada a los funcionarios del extinto imperio); la jornada de ocho horas; el seguro de enfermedad y desempleo; la construcción de escuelas y el adiestramiento de maestros en las lenguas locales de cada región; la amplia autonomía administrativa para los alemanes; los especiales esfuerzos por entrenar a oficiales eslovacoparlantes; la construcción de carreteras y otros tipos de infraestructura en Eslovaquia; los subsidios a las principales industrias, como las de armamento, porcelana, cristal, cuero y aceros de alta calidad.⁸

La actitud de los alemanes de los Sudetes fue particularmente importante. Al principio, por ser parte de la minoría gobernante durante los pasados siglos, no estaban de ningún modo dispuestos a aceptar como amos a sus antiguos súbditos checos. Esperaban que la aplicación de los principios de Wilson significara que su territorio sería anexado, bien a Alemania, bien a la Austria alemana. Pero la propuesta frontera norte de Checoslovaquia había sido durante siglos la frontera del Imperio de los Habsburgo. Tenía sentido tanto desde el punto de vista geográfico como económico y, en cualquier caso, los aliados favorecerían a los nuevos Estados por encima de los derrotados alemanes en todo lugar donde las fronteras étnicas fueran dudosas.

8. Hugh Seton-Watson, *Eastern Europe between the Wars, 1918-1941*, capítulos sobre Checoslovaquia, y S. Harrison Thomson, *Czechoslovakia in European History*, caps. 10-13.

Luego de sensata meditación, los industriales de los Sudetes empezaron a pensar que se manejarían mejor con protecciones arancelarias contra las renacientes industrias alemana y austríaca. Además, como parte de una nación «vencedora» no estaban atados por indemnización alguna; y, por último, durante los años inflacionistas de 1921-1923 tuvieron, en verdad, la fortuna de no ser parte de la República de Weimar. De modo tal que, aproximadamente durante la década que va de 1925 a 1935 —en cuya última fase la agitación nazi cobró importancia—, los alemanes de los Sudetes colaboraron con el gobierno democrático y la república multinacional.

Para el carácter democrático y la estabilidad de la pequeña república fue esencial la naturaleza de su presidente-fundador Tomás Masaryk, que se mantuvo en el gobierno hasta 1935. Masaryk era hijo de un siervo eslovaco, se convirtió en profesor de filosofía, vivió un tiempo y se casó en Estados Unidos y era un admirador incondicional del concepto de que la democracia es un «crisol». Era también un nacionalista checo que, en 1876, había tenido el valor de declarar la falsedad de unos manuscritos fraguados que, desde hacía mucho tiempo, habían sido utilizados en la propaganda nacionalista. Y se arriesgó a ser atacado por la multitud por proteger a un buhonero judío de la clase de violencia que se estilaba allí y en todas partes de Europa oriental.⁹ De igual modo que, cuando en 1919 la muchedumbre tomó el edificio del antiguo teatro Alemán de Praga, el recién nombrado presidente anunció que no volvería a aparecer en ningún teatro checo, mientras los derechos de propiedad del teatro Alemán no hubieran quedado establecidos de manera amistosa.¹⁰ Los individuos sólo pueden representar un papel limitado en la historia, pero aquellos que son fundadores de un Estado dejan una marca mayor que los demás. Si se compara la República de Weimar con Checoslovaquia es posible ver que el primer presidente de la primera (Friedrich Ebert) era un hombre que se había hecho republicano de bastante mala gana y que, a la vez, se sentía y le hacían sentir socialmente inferior ante los oficiales militares reac-

9. J. S. Roucek, editor, *Central Eastern Europe, Crucible of World Wars*, 1946, pp. 83-85.

10. V. Mares, *Current History*, septiembre, 1952.

cionarios y los funcionarios civiles que lo rodeaban. El segundo presidente fue el mariscal Hindenburg, codictador durante la guerra, que entregaría la República a Hitler. La combinación del carácter de Masaryk con el interés de Wilson y los franceses en la creación de nuevos Estados democráticos en Europa central, le dio a Checoslovaquia comienzos mucho más felices que los de la Alemania postimperial. En la pacificación de Europa después de Versalles fueron también importantes los tratados de Locarno, negociados en 1925, y la aceptación de Alemania como miembro de la Liga de las Naciones en 1926. En Locarno, Alemania, Francia, Bélgica, Gran Bretaña e Italia garantizaron las fronteras occidentales de Alemania contra cualquier cambio que no se hiciera por consentimiento mutuo. La medida revisaba de manera muy importante el *Diktat* de Versalles. En aquel caso, a una Alemania postrada se le ordenó firmar sin discusión. En Locarno, la internacionalmente reconocida República alemana ofreció garantías diplomáticas a los países que había invadido en 1914. Esas garantías fueron solemnemente confirmadas por las otras grandes potencias europeas, Gran Bretaña e Italia. Por otro lado, lo que quedó pendiente en Locarno fue tan importante como lo que se logró. Alemania se negó a garantizar la frontera polaca y firmó un pacto de defensa mutua con el paria de Europa, la Rusia soviética. A falta de garantías alemanas, Polonia (como así también las naciones de la «Pequeña Entente»: Checoslovaquia, Rumanía y Yugoslavia) esperaba que los tratados bilaterales de defensa con Francia la protegerían contra la posible futura agresión alemana. Es decir, los pactos de Locarno confirmaron la existencia de la misma línea divisoria entre la Europa occidental y central que era evidente en 1919: buenas perspectivas de normalidad en el oeste, incertidumbre y temor en el este.

Un último factor importante en la tentativa de pacificación en Europa fueron las actividades de la Liga de las Naciones. La Liga se había hecho más famosa por sus fallos que por sus éxitos. Estados Unidos no se incorporó nunca, las conferencias de desarme eran pura verborragia sin acciones significativas, el sistema de mandato era en gran parte la hoja de parra que disfrazaba el viejo estilo imperialista, sus sanciones contra los agresores eran desafiadas por los fascistas y los soviéticos en los

años treinta, etc. Pero había también elementos muy positivos (tales como la ya mencionada administración de Dantzig), que son ejemplo para un futuro inevitable, en el cual la humanidad tendrá que aprender a sustituir la «soberana» acción militar por acuerdos negociados.

La Liga de las Naciones estableció una Corte Mundial, cuyos jueces eran de diferentes nacionalidades, seleccionados por grupos de naciones en vez de por Estados individuales. Durante los años transcurridos entre las dos guerras, la Corte falló numerosas cuestiones de interpretación en acuerdos económicos y cláusulas de tratados. Los conflictos llevados a su jurisdicción no eran obviamente los conflictos de las mayores potencias de la época, pero su resolución fue un ejemplo muy importante para saber cómo avanzar más allá de la tradicional anarquía de las relaciones internacionales. Demostraron que soluciones justas y pacíficas podían alcanzarse sin llegar a la violencia.

La Organización Internacional del Trabajo alentó el desarrollo de pautas mundiales en cuestiones como las condiciones sanitarias y de iluminación en las fábricas, minas y barcos; las condiciones de trabajo de las mujeres embarazadas; la estricta limitación y eventual eliminación del trabajo de los niños; los seguros de desempleo y las vacaciones pagadas. A sus reuniones anuales acudían delegados de más de sesenta países. Sus publicaciones fueron redactadas según la experiencia previa alemana, austríaca y escandinava sobre la legislación que protegía el trabajo. A esas naciones se les negó el acceso a la Liga hasta 1926, pero eran miembros de la Organización Internacional del Trabajo desde el principio. Pertenecer a la OIT ayudó a los sindicatos socialistas de España a mantener un considerable grado de prestigio y capacidad de negociación durante la moderada dictadura del general Primo de Rivera; también les sirvió para cultivar relaciones personales e institucionales con sindicatos democráticos de pequeñas naciones económicamente más desarrolladas, como Checoslovaquia y Holanda.¹¹

La Liga también tomó parte en la lucha contra el hambre

11. Anthony D. McIvor, *Spanish Labor Policy during the Dictadura of Primo de Rivera*, University Microfilm International, Ann Arbor, Michigan, 1982, cap. III y passim.

y las enfermedades y, en los primeros dos años de existencia, ayudó a unos 430 000 refugiados de 27 nacionalidades diferentes a regresar a sus hogares. En 1920 nombró al explorador noruego Fridtjof Nansen alto comisionado para los refugiados. Su oficina creó el llamado «pasaporte Nansen» para proteger los derechos básicos de miles de personas que no tenían Estado en los años veinte. El acaudalado ingeniero estadounidense Herbert Hoover y él cooperaron para aliviar el hambre en Rusia y Ucrania en 1921, dando así ejemplo de su preferencia por el bienestar humano, sin tener en cuenta el rechazo a un gobierno o sistema político particular.

A raíz de conversaciones con colegas más jóvenes sé que muchos de ellos piensan que las dos guerras mundiales fueron en realidad sólo una, con un tregua de veinte años que separó las dos fases militares. La recuperación económica y psicológica a la que me he referido en este capítulo fue, es cierto, evidente sobre todo en Europa occidental y Escandinavia. Pero también es verdad que, hacia 1928, Alemania había sido virtualmente liberada de la carga del pago de indemnizaciones y había sido aceptada en la Liga de las Naciones. Del mismo modo la Unión Soviética se había recuperado de la devastación de la guerra, la Revolución y la guerra civil entre 1914 y 1921, y había establecido relaciones diplomáticas normales con la mayoría de las naciones más poderosas, excepto Estados Unidos. Los pactos de Locarno y las diversas funciones administrativas y mediadoras de la Liga empezaban a desarrollar hábitos internacionalistas a la vez que aquellos que se referían de forma exclusiva a la soberanía nacional. A menos que miremos la historia hacia atrás, tratando los posteriores triunfos y catástrofes como inevitables designios de Dios o de la historia, debemos reconocer la esperanzadora, si bien frágil, evolución de la primera década que siguió a la Gran Guerra.